

XI. EL RESPETO PROPIO Y LA CONFIANZA EN SÍ MISMO

El hombre que puede, es rey. — CARLYLE.

Sé amigo de ti mismo y lo serán los demás. — *Proverbio escocés*.

El saludo de un caballero es almuerzo para el mentecato. — FRANKLIN.

El respeto de sí mismo es, después de la religión, el principal freno de los vicios. — BACON.

El respeto de sí mismo es la piedra angular de toda virtud. — JUAN HERSHELL.

Ante todo, respetaos a vosotros mismos. — PITÁGORAS.

Nadie puede perjudicarme sino yo mismo. Llevó conmigo el daño que me causo y sólo sufro por mis propias faltas. — SAN BERNARDO.

La desconfianza personal es la determinante de casi todos nuestros fracasos. La confianza en nuestras fuerzas es ya de por sí una fuerza; y en cambio, es débil el fuerte que desconfía de su fuerza. — BOVEE.



N pobre tejedor escocés acostumbraba a rogar a Dios diariamente que pudiera tener buena opinión de sí mismo.

Realmente ha de ser así, porque mal podemos esperar que

los demás piensen bien de nosotros si no empezamos por dar ejemplo. Dicen los chinos que nunca respetan a los hombres que no saben respetarse.

Si las gentes ven que no me respeto a mí mismo, tendrán derecho a tratarme de impostor, porque exijo buena opinión por parte de los demás sin tenerla yo de mí propio. El respeto personal se funda en iguales principios que el respeto al prójimo.

Decía Lincoln:

Podréis engañar alguna vez a las gentes y siempre a algunas gentes, pero no siempre engañaréis a todo el mundo.

Sin embargo, nunca nos engañamos a nosotros mismos, y el único medio de lograr nuestro propio respeto es merecerlo.

El mundo tiene derecho a medirnos con nuestro propio rasero. En nosotros estampamos nuestro verdadero valor y nadie lo estimará en más. Al entrar en sociedad, las gentes nos miran a la cara para ver en qué estima nos tenemos. Si es poca, no les incumbe averiguar por qué nos hemos aquilatado tan bajamente, pues saben que hemos vivido con nosotros el tiempo suficiente para justipreciar nuestro valor con más acierto que ellos.

Al enterarse Pitt de las egoístas jactancias del

general Wolfe, la víspera de su embarque para el Canadá, le dijo a Lord Temple: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Habéis puesto en tales manos los destinos y la administración del país?» El engreído general había golpeado la mesa con su espada, y esgrimiéndola fanfarronamente alrededor del salón enumeró las hazañas que se prometía cumplir. Sin embargo, no era jactancia ni engreimiento ni fanfarronería, sino confianza en sí mismo y como un vaticinio de su labor, pues muy lejos andaba Pitt de figurarse que aquel joven general, a pesar de su aparente egoísmo, sería capaz de levantarse de la cama en que le retenía la fiebre y conducir a sus tropas a la gloriosa victoria de las alturas de Abrahán.

Cuando Esteban de Colonna cayó prisionero, le preguntaron sarcásticamente sus enemigos:

— ¿Dónde está ahora tu fortaleza?

— Aquí — respondió severamente, señalando el corazón.

Decía Washington Irving:

Un talento maduro y disciplinado tiene siempre seguro empleo, pero no debe esperar en casa a que vayan en su busca. Ocurre con frecuencia que los hombres audaces e impudentes logran éxito, mientras que nadie para mientes en la meritoria labor de los hombres retraídos; pero esto tiene su explicación en que los audaces e impudentes se distinguen por su activa diligencia, sin

la cual es el mérito cualidad estéril. Perro despierto es más útil que león dormido.

Juan C. Fremont acabó en casi olvidada obscuridad su carrera política, no obstante haber ocupado por su sabiduría el sillón que dejó Humboldt vacante en las academias europeas y deberse a sus admirables iniciativas la anexión de la California a los Estados Unidos. De él dijo uno de sus adversarios: «Ha muerto ignorado porque nunca tuvo confianza en sí mismo. Tuvo mucho talento para anularse por su propia mano».

Cuando Juan C. Calhoun estudiaba en la universidad de Yale, replicó a un condiscípulo que se burlaba de su asiduidad en el estudio: «No tengo más remedio que aprovechar el tiempo para portarme bien cuando sea diputado». Una carcajada colectiva acogió estas palabras del estudiante, quien repuso: «¿Lo dudáis? Pues os aseguro que si no tuviera la completa confianza de ser representante de la nación de aquí a tres años, ahora mismo saldría de la universidad».

Preguntaba lord Erskine a Curran:

— ¿Qué dice Grattan de sí mismo?

A lo que respondió el interrogado:

— Aunque le pusieran en el tormento, nadie sería capaz de sacarle a Grattan una palabra en su propia alabanza. Ni un tiro de seis caballos

podría arrancarle un concepto de sí mismo. Como todos los hombres superiores, conoce la fuerza de su reputación y no consentiría en pregonarla como titerero de feria. Está en un altar nacional y a los hombres inferiores incumbe manejar el incensario. Nunca verá usted que Grattan sople las brasas ni eche el incienso.

Lo que en los demás nos parece vituperable egoísmo, suele ser vigorosa expresión de la confianza que sienten en el éxito de su labor. Los grandes hombres han tenido siempre confianza en sí mismos. Wordsworth se sentía seguro de su lugar en la historia y nunca titubeó en proclamarlo así. Dante vaticinó su fama. Julio César le dijo a su piloto, que se amedrentaba en medio de la tormenta: «No temas, porque llevas a César con su buena suerte».

El egoísmo puede ser necesidad en los hombres de elevada categoría. La naturaleza infunde al hombre la debida esperanza para que no desmaye antes de llegar al punto que a sí mismo se señala. Por esto intensifica su egoísmo más allá del grado intermedio, de suerte que persista en el empeño hasta salir adelante. La confianza en sí mismo denota energías de reserva.

Desde el punto de vista moral, hay generalmente seguridad de confiar en quienes confían en sí mismos; pero cuando un hombre recela de su propia

integridad, no es extraño que los demás también recelen. La degradación moral empieza siempre por uno mismo.

En nuestra atareada época no tienen tiempo las gentes de andar husmeando por oscuros rincones en busca del mérito, sino que prefieren estimar a un hombre en lo que él se estime, hasta que demuestre que no es digno de estima. El mundo admira el valor y la virilidad y desprecia al joven presuntuoso que siempre va con aire de engreimiento, como si no cupiera en el mundo.

Dice Schelling:

Quien tiene conciencia de lo que es, pronto sabrá lo que debe ser. Si teóricamente se respeta, muy luego se respetará prácticamente.

El que tiene la firme convicción de hallar recursos para su labor, con seguridad los halla.

Decía Kossuth:

La humildad es parte de la sabiduría; pero no ha de oponerse a la confianza propia que, de todas las demás cualidades, es la más conforme a la verdadera virilidad.

A lo que añade Froude:

El árbol ha de arraigar antes de florecer y dar fruto. El hombre ha de aprender a tenerse en pie derecho, respetarse a sí mismo y vivir por su propio esfuerzo. Tan

sólo sobre estos cimientos podrá levantarse el edificio de su cultura intelectual.

Todo joven ha de tener presente que el respeto propio lo elevará por encima de toda mezquindad y evitará muchas reprensiones y desaires.

En uno de sus alegatos forenses decía Curran:

— En ninguna obra de jurisprudencia he visto ejemplo alguno en que se establezca el principio alegado por la parte contraria.

— Me parece — interrumpió el magistrado Robinson (que debía su cargo a la intriga envuelta en unos cuantos libelos) — que no está muy nutrida vuestra biblioteca.

— Verdad es, señor mío, que soy pobre — repuso el joven abogado con calma y mirando serenamente al juez cara a cara — y que las circunstancias no me han permitido fomentar mi biblioteca. No tengo muchos libros, pero son selectos y creo haberlos leído con las debidas disposiciones. Para esta noble profesión me preparé más bien por el estudio de pocos y buenos libros que por la composición de muchos y malos. No me avergüenzo de mi pobreza; pero sí me avergonzaría de riquezas adquiridas por servilismo y cohecho. Aunque no escalé elevadas posiciones, soy honrado, y no dejaré de serlo por más que se me ofrezcan ejemplos de medro, notoriedad y fortuna logradas siniestramente.

El juez Robinson no volvió a zaherir al joven letrado.

Dice Miguel Reynolds:

La confianza en sí mismo es un poderoso elemento del carácter. Gana olímpicas coronas e ístmicos laureles (1), y confiere parigualdad con los hombres que reivindicaron el derecho de mantener su nombre en la memoria de las gentes.

La confianza y el respeto propios dan un sentimiento de poder cual ninguna otra cualidad puede dar.

Como dice Shakespeare, el débil, apocado, vacilante, indeciso y servil no conoce ni puede conocer el generoso impulso que mueve a quien confía en sí mismo y cuyo gozo no es el del que ha logrado el premio, sino el del que se siente capaz de ganarlo. Tan sólo es verdadero lo que nuestro íntimo ser nos sugiere; y si lo seguimos como a la noche el día, nadie verá en nosotros falsedad.

(1) Alude el autor a los juegos y deportes atléticos que la antigua Grecia celebraba periódicamente en el istmo de Corinto.
— (N. del T.)

ADICIÓN DEL EDITOR

Muy alerta ha de estar uno consigo mismo para no confundir el engreimiento, la presunción y la jactancia con el respeto de su personalidad y la confianza en su valer. Es achaque muy frecuente presumir de entendidos en cuestiones que sólo conocemos de oídas; pero contiguo a este vicioso extremo está aquel otro en que caen los tímidos, apocados y pusilánimes sin resolución para empresa alguna.

Equidistante de ambos extremos viciosos está la no muy frecuente virtud de la confianza en sí mismo que, acompañada del respeto propio, desembaraza los caminos del éxito. Confianza en sí mismo tenía Prim al pronunciar su famosa frase: *faixa o caixa*, que de pronto oída parece denotar descomunal ambición, y sin embargo, expresaba concisa y enérgicamente la confianza que en sí mismo tenía.

Cuando fracasado el movimiento de Villarejo de Salvanes hubo de refugiarse Prim a todo escape en Portugal, dijo, entre burlas y veras, que por las vecinas tierras se entraba para herrar los caballos, como dando a entender la plena confianza que de sí mismo tenía y lo resuelto que estaba a derrocar el régimen dominante.

También Narváez fué hombre que siempre tuvo plena confianza en sí mismo. Mandaba Narváez el regimiento de la Princesa en el ejército liberal que al mando de Fernández de Córdoba estaba a punto de entablar batalla con las tropas carlistas atrinchadas en Mendigurría. El general en jefe revisaba el frente de su ejército arengando a las tropas, cuando al llegar a las líneas de la Princesa y después de repetida la arenga se adelantó impetuosamente Narváez y exclamó: